



LECTIO DIVINA

Domingo de ramos y semana santa I
Del 10 al 13 de abril de 2022



DOMINGO, 10 DE ABRIL DE 2022

DOMINGO DE RAMOS

Estar cerca de Jesús, en silencio

Oración introductoria

Señor Jesús, te entrego este momento de mi vida he inspira en mi alma las actitudes correctas para entrar en el misterio de tu pascua con la mejor disposición.

Petición

Señor, dame la gracia de seguirte con disponibilidad a donde quiera que vayas, incluso si me llevas hasta la cruz y al desprendimiento de mí mismo.

Lectura del libro de Isaías (Is. 50, 4-7)

EL Señor Dios me ha dado una lengua de discípulo; para saber decir al abatido una palabra de aliento. Cada mañana me espabila el oído, para que escuche como los discípulos. El Señor Dios me abrió el oído; yo no resistí ni me eché atrás. Ofrecí la espalda a los que me golpeaban, las mejillas a los que mesaban mi barba; no escondí el rostro ante ultrajes y salivazos. El Señor Dios me ayuda, por eso no sentía los ultrajes; por eso endurecí el rostro como pedernal, sabiendo que no quedaría defraudado.

Salmo (Sal 21, 8-9. 17-18a. 19-20. 23-24)

Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?

Al verme, se burlan de mí, hacen visajes, menean la cabeza: «Acudió al Señor, que lo ponga a salvo; que lo libre si tanto lo quiere». R/.

Me acorrala una jauría de mastines, me cerca una banda de malhechores; me taladran las manos y los pies, puedo contar mis huesos. R/.

Se reparten mi ropa, echan a suerte mi túnica. Pero tú, Señor, no te quedes lejos; fuerza mía, ven corriendo a ayudarme. R/.

Contaré tu fama a mis hermanos, en medio de la asamblea te alabaré. «Los que teméis al Señor, alabadlo; linaje de Jacob, glorificadlo; temedlo, linaje de Israel». R/.

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Filipenses (Flp. 2, 6-11)

Cristo Jesús, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios; al contrario, se despojó de sí mismo tomando la condición de esclavo, hecho semejante a los hombres. Y así, reconocido como hombre por su presencia, se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz. Por eso Dios lo exaltó sobre todo y le concedió el Nombre-sobre-todo-nombre; de modo que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en el cielo, en la tierra, en el abismo, y toda lengua proclame: Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre.

Lectura del santo Evangelio según san Lucas (Lc. 22,14-23, 56)

Ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros, antes de padecer

C. Cuando llegó la hora, se sentó a la mesa y los apóstoles con él y les dijo:

+ «Ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros, antes de padecer, porque os digo que ya no la volveré a comer hasta que se cumpla en el reino de Dios».

C. Y, tomando un cáliz, después de pronunciar la acción de gracias, dijo:

+ «Tomad esto, repartiéndolo entre vosotros; porque os digo que no beberé desde ahora del fruto de la vid hasta que venga el reino de Dios».

Haced esto en memoria mía.

C. Y, tomando pan, después de pronunciar la acción de gracias, lo partió y se lo dio diciendo:

+ «Esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros; haced esto en memoria mía».

C. Después de cenar, hizo lo mismo con el cáliz diciendo:

+ «Este cáliz es la nueva alianza en mi sangre, que es derramada por vosotros».

Ay de aquel por quien el hijo del hombre es entregado.

+ «Pero mirad: la mano del que me entrega está conmigo, en la mesa. Porque el Hijo del hombre se va, según lo establecido; pero ¡ay de aquel hombre por quien es entregado!».

C. Ellos empezaron a preguntarse unos a otros sobre quién de ellos podía ser el que iba a hacer eso.

Yo estoy en medio de vosotros como el que sirve.

C. Se produjo también un altercado a propósito de quién de ellos debía ser tenido como el mayor. Pero él les dijo:

+ «Los reyes de las naciones las dominan, y los que ejercen la autoridad se hacen llamar bienhechores. Vosotros no hagáis así, sino que el mayor entre vosotros se ha de hacer como el menor, y el que gobierna, como el que sirve.

Porque ¿quién es más, el que está a la mesa o el que sirve? ¿Verdad que el que está a la mesa? Pues yo estoy en medio de vosotros como el que sirve.

Vosotros sois los que habéis perseverado conmigo en mis pruebas, y yo preparo para vosotros el reino como me lo preparó mi Padre a mí, de forma que comáis y bebáis a mi mesa en mi reino, y os sentéis en tronos para juzgar a las doce tribus de Israel».

Tú, cuando te hayas convertido, confirma a tus hermanos.

+ «Simón, Simón, mira que Satanás os ha reclamado para cribaros como trigo. Pero yo he pedido por ti, para que tu fe no se apague. Y tú, cuando te hayas convertido, confirma a tus hermanos».

C. Él le dijo:

S. «Señor, contigo estoy dispuesto a ir incluso a la cárcel y a la muerte».

C. Pero él le dijo:

+ «Te digo, Pedro, que no cantará hoy el gallo antes de que tres veces hayas negado conocerme».

Es necesario que se cumpla en mí lo que está escrito.

C. Y les dijo:

+ «Cuando os envié sin bolsa, ni alforja, ni sandalias, ¿os faltó algo?».

C. Dijeron:

S. «Nada».

C. Jesús añadió:

+ «Pero ahora, el que tenga bolsa, que la lleve consigo, y lo mismo la alforja; y el que no tenga espada, que venda su manto y compre una. Porque os digo que es necesario que se cumpla en mí lo que

está escrito: “Fue contado entre los pecadores”, pues lo que se refiere a mí toca a su fin».

C. Ellos dijeron:

S. «Señor, aquí hay dos espadas».

C. Él les dijo:

+ «Basta».

En medio de su angustia, oraba con más intensidad.

C. Salió y se encaminó, como de costumbre, al monte de los Olivos, y lo siguieron los discípulos. Al llegar al sitio, les dijo:

+ «Orad, para no caer en tentación».

C. Y se apartó de ellos como a un tiro de piedra y, arrodillado, oraba diciendo:

+ «Padre, si quieres, aparta de mí este cáliz; pero que no se haga mi voluntad, sino la tuya».

C. Y se le apareció un ángel del cielo, que lo confortaba. En medio de su angustia, oraba con más intensidad. Y le entró un sudor que caía hasta el suelo como si fueran gotas espesas de sangre. Y, levantándose de la oración, fue hacia sus discípulos, los encontró dormidos por la tristeza, y les dijo:

+ «¿Por qué dormís? Levantaos y orad, para no caer en tentación».

Judas, ¿con un beso entregas al Hijo del hombre?

C. Todavía estaba hablando, cuando apareció una turba; iba a la cabeza el llamado Judas, uno de los Doce. Y se acercó a besar a Jesús.

Jesús le dijo:

+ «Judas, ¿con un beso entregas al Hijo del hombre?».

C. Viendo los que estaban con él lo que iba a pasar, dijeron:

+ «Señor, ¿herimos con la espada?».

C. Y uno de ellos hirió al criado del sumo sacerdote y le cortó la oreja derecha.

Jesús intervino diciendo:

+ «Dejadlo, basta».

C. Y, tocándole la oreja, lo curó. Jesús dijo a los sumos sacerdotes y a los oficiales del templo, y a los ancianos que habían venido contra él:

+ «¿Habéis salido con espadas y palos como en busca de un bandido? Estando a diario en el templo con vosotros, no me prendisteis. Pero esta es vuestra hora y la del poder de las tinieblas».

Pedro, saliendo afuera, lloró amargamente.

C. Después de prenderlo, se lo llevaron y lo hicieron entrar en casa del sumo sacerdote. Pedro lo seguía desde lejos. Ellos encendieron fuego en medio del patio, se sentaron alrededor, y Pedro estaba sentado entre ellos. Al verlo una criada sentado junto a la lumbre, se lo quedó mirando y dijo:

S. «También este estaba con él».

C. Pero él lo negó diciendo:

S. «No lo conozco, mujer».

C. Poco después, lo vio otro y le dijo:

S. «Tú también eres uno de ellos».

C. Pero Pedro replicó:

S. «Hombre, no lo soy».

C. Y pasada cosa de una hora, otro insistía diciendo:

S. «Sin duda, este también estaba con él, porque es galileo».

C. Pedro dijo:

S. «Hombre, no sé de qué me hablas».

C. Y enseguida, estando todavía él hablando, cantó un gallo. El Señor, volviéndose, le echó una mirada a Pedro, y Pedro se acordó de la palabra que el Señor le había dicho: «Antes de que cante hoy el gallo, me negarás tres veces».

Y, saliendo afuera, lloró amargamente.

Haz de profeta: ¿quién te ha pegado?

C. Y los hombres que tenían preso a Jesús se burlaban de él, dándole golpes.

Y, tapándole la cara, le preguntaban diciendo:

S. «Haz de profeta: ¿quién te ha pegado?».

C. E, insultándolo, proferían contra él otras muchas cosas.

La condujeron ante su Sanedrín.

C. Cuando se hizo de día, se reunieron los ancianos del pueblo, con los jefes de los sacerdotes y los escribas; lo condujeron ante su Sanedrín, y le dijeron:

S. «Si tú eres el Mesías, dínoslo».

C. Él les dijo:

+ «Si os lo digo, no lo vais a creer; y si os pregunto, no me vais a responder. Pero, desde ahora, el Hijo del hombre estará sentado a la derecha del poder de Dios».

C. Dijeron todos:

S. «Entonces, ¿tú eres el Hijo de Dios?».

C. Él les dijo:

+ «Vosotros lo decís, yo lo soy».

C. Ellos dijeron:

S. «Qué necesidad tenemos ya de testimonios? Nosotros mismos lo hemos oído de su boca».

C. Y levantándose toda la asamblea, lo llevaron a presencia de Pilato.

No encuentro ninguna culpa en este hombre.

C. Y se pusieron a acusarlo diciendo:

S. «Hemos encontrado que este anda amotinando a nuestra nación, y oponiéndose a que se paguen tributos al César, y diciendo que él es el Mesías rey».

C. Pilato le preguntó:

S. «Eres tú el rey de los judíos?».

C. Él le responde:

+ «Tú lo dices».

C. Pilato dijo a los sumos sacerdotes y a la gente:

S. «No encuentro ninguna culpa en este hombre».

C. Pero ellos insistían con más fuerza, diciendo:

S. «Solivianta al pueblo enseñando por toda Judea, desde que comenzó en Galilea hasta llegar aquí».

C. Pilato, al oírlo, preguntó si el hombre era galileo; y, al enterarse de que era de la jurisdicción de Herodes, que estaba precisamente en Jerusalén por aquellos días, se lo remitió.

Herodes, con sus soldados, lo trató con desprecio.

C. Herodes, al ver a Jesús, se puso muy contento, pues hacía bastante tiempo que deseaba verlo, porque oía hablar de él y esperaba verle hacer algún milagro. Le hacía muchas preguntas con abundante verborrea; pero él no le contestó nada. Estaban allí los sumos sacerdotes y los escribas acusándolo con ahínco.

Herodes, con sus soldados, lo trató con desprecio y, después de burlarse de él, poniéndole una vestidura blanca, se lo remitió a Pilato. Aquel mismo día se hicieron amigos entre sí Herodes y Pilato, porque antes estaban enemistados entre sí.

Pilato entregó a Jesús a su voluntad

C. Pilato, después de convocar a los sumos sacerdotes, a los magistrados y al pueblo, les dijo:

S. «Me habéis traído a este hombre como agitador del pueblo; y resulta que yo lo he interrogado delante de vosotros y no he encontrado en este hombre ninguna de las culpas de que lo acusáis; pero tampoco Herodes, porque nos lo ha devuelto: ya veis que no ha hecho nada digno de muerte. Así que le daré un escarmiento y lo soltaré».

C. Ellos vociferaron en masa:

S. «¡Quita de en medio a ese! Suéltanos a Barrabás».

C. Este había sido metido en la cárcel por una revuelta acaecida en la ciudad y un homicidio.

Pilato volvió a dirigirles la palabra queriendo soltar a Jesús, pero ellos seguían gritando:

S. «¡Crucifícalo, crucifícalo!».

C. Por tercera vez les dijo:

S. «Pues ¿qué mal ha hecho este? No he encontrado en él ninguna culpa que merezca la muerte. Así que le daré un escarmiento y lo soltaré».

C. Pero ellos se le echaban encima, pidiendo a gritos que lo crucificara; e iba creciendo su griterío.

Pilato entonces sentenció que se realizara lo que pedían: soltó al que le reclamaban (al que había metido en la cárcel por revuelta y homicidio), y a Jesús se lo entregó a su voluntad.

Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí.

C. Mientras lo conducían, echaron mano de un cierto Simón de Cirene, que volvía del campo, y le cargaron la cruz, para que la llevase detrás de Jesús.

Lo seguía un gran gentío del pueblo, y de mujeres que se golpeaban el pecho y lanzaban lamentos por él.

Jesús se volvió hacia ellas y les dijo:

+ «Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, llorad por vosotras y por vuestros hijos, porque mirad que vienen días en los que dirán: “Bienaventuradas las estériles y los vientres que no han dado a luz y los pechos que no han criado”. Entonces empezarán a decirles a los montes: “Caed sobre nosotros”, y a las colinas: “Cubridnos”; porque, si esto hacen con el leño verde, ¿qué harán con el seco?».

C. Conducían también a otros dos malhechores para ajusticiarlos con él.

Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.

C. Y cuando llegaron al lugar llamado «La Calavera», lo crucificaron allí, a él y a los malhechores, uno a la derecha y otro a la izquierda. Jesús decía:

+ «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen».

C. Hicieron lotes con sus ropas y los echaron a suerte.

Este es el rey de los judíos.

C. El pueblo estaba mirando, pero los magistrados le hacían muecas diciendo:

S. «A otros ha salvado; que se salve a sí mismo, si él es el Mesías de Dios, el Elegido».

C. Se burlaban de él también los soldados, que se acercaban y le ofrecían vinagre, diciendo:

S. «Si eres tú el rey de los judíos, sálvate a ti mismo».

C. Había también por encima de él un letrero: «Este es el rey de los judíos».

Hoy estarás conmigo en el paraíso.

C. Uno de los malhechores crucificados lo insultaba diciendo:

S. «No eres tú el Mesías? Sálvate a ti mismo y a nosotros».

C. Pero el otro, respondiéndole e increpándolo, le decía:

S. «Ni siquiera temes tú a Dios, estando en la misma condena? Nosotros, en verdad, lo estamos justamente, porque recibimos el justo pago de lo que hicimos; en cambio, este no ha hecho nada malo».

C. Y decía:

S. «Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu reino».

C. Jesús le dijo:

+ «En verdad te digo: hoy estarás conmigo en el paraíso».

Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu.

C. Era ya como la hora sexta, y vinieron las tinieblas sobre toda la tierra, hasta la hora nona, porque se oscureció el sol. El velo del

templo se rasgó por medio. Y Jesús, clamando con voz potente, dijo:

+ «Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu».

C. Y, dicho esto, expiró.

Todos se arrodillan, y se hace una pausa.

C. El centurión, al ver lo ocurrido, daba gloria a Dios diciendo:

S. «Realmente, este hombre era justo».

C. Toda la muchedumbre que había concurrido a este espectáculo, al ver las cosas que habían ocurrido, se volvía dándose golpes de pecho.

Todos sus conocidos y las mujeres que lo habían seguido desde Galilea se mantenían a distancia, viendo todo esto.

José colocó el cuerpo de Jesús en un sepulcro excavado en la roca.

C. Había un hombre, llamado José, que era miembro del Sanedrín, hombre bueno y justo (este no había dado su asentimiento ni a la decisión ni a la actuación de ellos); era natural de Arimatea, ciudad de los judíos, y aguardaba el reino de Dios. Este acudió a Pilato y le pidió el cuerpo de Jesús. Y, bajándolo, lo envolvió en una sábana y lo colocó en un sepulcro excavado en la roca, donde nadie había sido puesto todavía.

Era el día de la Preparación y estaba para empezar el sábado. Las mujeres que lo habían acompañado desde Galilea lo siguieron, y vieron el sepulcro y cómo había sido colocado su cuerpo. Al regresar, prepararon aromas y mirra. Y el sábado descansaron de acuerdo con el precepto.

Releemos el evangelio

San Antonio de Padua (1195-1231)

franciscano, doctor de la Iglesia

Sermón para la Cena del Señor (Une Parole évangélique, Franciscaines, 1995).

He aquí que nuestro Amado va hacia el Monte de los Olivos

He aquí que nuestro Amado, racimo de alheña, bouquet de mirra (cf. Cant 1,12-13), después de celebrar el festín rico y refinado y cantar el himno, sale con sus discípulos hacia el Monte de los Olivos. Allí, pasa toda la noche sin dormir, preocupado por cumplir la obra de nuestra salvación. Se aleja de los apóstoles, tiene una tristeza de muerte. Se arrodilla delante de su Padre y le pregunta si es posible que esa hora pasara lejos de él. Pero somete su voluntad a la voluntad del Padre (cf. Mt 26,38-39). Entrado en agonía, “su sudor era como gotas de sangre” (cf. Lc 22,4).

Después de esto, traicionado por uno de sus discípulos con un beso, es prendido y llevado como un malhechor. Su rostro está velado, luego lo cubren de insultos y escupidas. Lo golpean en la cabeza con una caña, le pegan, lo flagelan atado a una columna. Es coronado de espinas, condenado a muerte. Cargan sobre sus espaldas la madera de la cruz, lo ponen en camino hacia el Calvario. Despojado de sus vestiduras, crucificado entre dos ladrones, abrevado con hiel y vinagre, insultado, es blasfemado por los que pasan.

¿Qué podemos agregar? La Vida muere por la muerte que somos. ¡Ojos de nuestro Amado, cerrados en la muerte! Rostro inclinado y exangüe, sobre el que los ángeles aman fijar la mirada. ¡Labios, panal de miel que destila palabras de vida eterna, devenidos lívidos! ¡Maestro que pende inclinado y hace temblar a los ángeles! ¡Manos que tocando hacen desaparecer la lepra, devuelven la vista,

expulsan al demonio, multiplican los panes! ¡Estas manos están atravesadas por clavos, bañadas en sangre!

Amados hermanos, recojamos todo esto, compongamos un bouquet de mirra, pongámoslo sobre nuestro pecho, llevémoslo en nuestro corazón, (...) para poder resucitar con él al tercer día. ¡Qué el que es bendito en los siglos, nos obtenga todo esto! Amén.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Han cambiado: esa semilla sembrada por el diablo ha empezado a crecer. Se levantaron, lo echaron, entraron en esta actitud de manada: no eran personas, eran un grupo de perros salvajes que lo echaron fuera de la ciudad. No razonaban. Jesús callaba. Lo llevaron al borde de la montaña para tirarlo. “Pero él, pasando por medio de ellos, se marchó”.

La dignidad de Jesús: con su silencio vence esa multitud salvaje y se va. Porque no había llegado todavía la hora. Lo mismo sucederá el Viernes Santo: la gente que el Domingo de Ramos había hecho fiesta por Jesús y le había dicho “Bendito Tú, Hijo de David”, decía “crucifícalo”: habían cambiado. El diablo había sembrado la mentira en el corazón, y Jesús guardaba silencio. Esto nos enseña que cuando está esta forma de actuar, de no querer ver la verdad, queda el silencio. El silencio que vence, pero a través de la cruz. El silencio de Jesús.» (*Homilía* de S.S. Francisco, 3 de septiembre de 2018).

Meditación

El Domingo de Ramos, que comienza la Semana Santa, está marcado simultáneamente por la entrada de Jesús en Jerusalén y la narración de su pasión y muerte. La liturgia, uniendo estos dos acontecimientos temporalmente distintos en una sola celebración,

parece querer eliminar de nuestras mentes cualquier malentendido sobre el triunfo de Jesús: Él, es cierto, entra en Jerusalén acogido como un rey por una muchedumbre que lo aclama; pero inmediatamente añade, con la narración de la pasión, que es un rey diferente de los reyes de este mundo: reina desde un trono que no es como el de los palacios de reyes; no gana con ejércitos o pactos, ni se afirma a sí mismo con un grupo de presión grande y fuerte de su grupo.

Jesús mismo aclara este malentendido que surgió entre los discípulos en la misma tarde del Jueves Santo. Volviéndose sobre sí mismos, y por lo tanto insensibles al drama que Jesús estaba experimentando, comenzaron a discutir quién de ellos era el más grande. Jesús les dijo con infinita paciencia: «Los reyes de los paganos los dominan, y los que ejercen la autoridad se hacen llamar bienhechores. Pero ustedes no hagan eso, sino todo lo contrario: que el mayor entre ustedes actúe como si fuera el menor, y el que gobierna, como si fuera un servidor.» (Lc 22, 25-26). No eran sólo palabras de conveniencia; unas pocas horas fueron suficientes y Jesús llevó estas declaraciones a sus consecuencias extremas en su carne.

Por otra parte, la historia de la Pasión parece muy lineal: hubo un buen hombre que habló del Evangelio, tanto en la pobre e infame Galilea como en la capital Jerusalén; y muchos se apresuraron a escucharle. En un momento dado, los poderosos decidieron que había hablado demasiado y que muchos le estaban escuchando; entonces tomaron la decisión de silenciarle; encontraron a un amigo suyo que les señaló el lugar a donde solía ir: un jardín a las puertas de Jerusalén. Esa noche se quedó allí con los suyos, lo aprendieron y lo llevaron ante las más grandes autoridades: Pilato, el representante del mayor imperio del mundo, y Herodes, el astuto rey y líder religioso. Pero ambos no querían

asumir ninguna responsabilidad por ese hombre. La multitud, que sólo había gritado «hosanna» cinco días antes, empezó a gritar «crucifícalo, crucifícalo», y Pilato no supo evitarlo. Ese hombre, después de haber sido vestido, satíricamente, con la ropa del rey, fue torturado, abofeteado, coronado de espinas; luego fue conducido fuera de la ciudad (incluso para nacer tuvo que encontrar un establo fuera de Belén) hacia una pequeña colina, llamada Gólgota, y fue clavado en una cruz, con dos ladrones, uno a su derecha y el otro a su izquierda.

En esa cruz, ese buen hombre murió. Se llamaba Jesús y venía de Nazaret. No hace falta mucho para decir que esa muerte fue injusta. La muerte como pena, después de todo, nunca está bien, incluso después de los peores crímenes; pero es realmente fácil decir que la muerte de ese hombre fue verdaderamente injusta. Los que escuchan la historia de esta muerte, con un poco de corazón, están conmovidos y apenados: ese buen hombre tuvo que sufrir tanto y morir en la cruz, sólo porque habló del Evangelio y dijo que era el Hijo de Dios.

Al final de la lectura de la Pasión, cada uno de nosotros se siente afligido y arrepentido y se siente tentado a decir: «Yo no lo habría hecho», o a justificarse: «No soy Pilato, no soy Herodes, ni siquiera Judas...»; además, se puede confesar la propia impotencia ante la cobardía de Pilato y la crueldad de los sumos sacerdotes. Pero también está Pedro; no es el peor de los discípulos; de hecho, si no es el mejor, es sin duda el más importante, al que Jesús confió la mayor responsabilidad. Pedro tiene una gran idea de sí mismo, es orgulloso, incluso susceptible. Se ofende cuando Jesús le dice que lo traicionará: «Señor, estoy dispuesto a ir contigo incluso a la cárcel y a la muerte», responde. Sin embargo, una mujer es suficiente para derribar todo. Fue el encuentro con la mirada de Jesús lo que liberó

a Pedro: «El Señor, volviéndose, miró a Pedro. Pedro se acordó entonces de las palabras que el Señor le había dicho» (Lc 22, 62).

Los cristianos, nosotros, no somos héroes; somos como todos los demás; pero si nuestros ojos cruzan los ojos de ese hombre que va a morir, nosotros también recordaremos las palabras del Señor y seremos liberados de nuestros temores. Es la gracia de esta semana; poder estar cerca de aquel hombre que sufre y muere para poder cruzar su mirada.

Oración final

Dios omnipotente y eterno, que has dado como modelo a los hombres a Cristo tu Hijo, nuestro Salvador, hecho hombre y humillado hasta la muerte de cruz, haz que tengamos siempre presente la gran enseñanza de su Pasión para poder participar en la gloria de su Resurrección. Por Cristo, nuestro Señor. *(de la liturgia eucarística de este domingo)*

LUNES, 11 DE ABRIL DE 2022

LUNES SANTO

Un amor sobreabundante

Oración introductoria

Señor, encomiendo mi vida a tu misericordia. Tú sabes cuántas dificultades tengo a lo largo de mi vida. Te pido, Madre mía, que me ayudes a tener una fe como la tuya.

Petición

Señor, que no me ciegue como Judas. Tú eres lo mejor de mi vida, dame un corazón abierto a tu gracia y un alma generosa que sepa corresponder a tu infinito amor.

Lectura del libro de Isaías (Is. 42, 1-7)

Así dice el Señor: «Mirad a mi siervo, a quien sostengo; mi elegido, en quien me complazco. He puesto mi espíritu sobre él, manifestará la justicia a las naciones. No gritará, no clamará, no voceará por las calles. La caña cascada no la quebrará, la mecha vacilante no la apagará. Manifestará la justicia con verdad. No vacilará ni se quebrará, hasta implantar la justicia en el país. En su ley esperan las islas. Esto dice el Señor, Dios, que crea y despliega los cielos, consolidó la tierra con su vegetación, da el respiro al pueblo que la habita y el aliento a quienes caminan por ella: «Yo, el Señor, te he llamado en mi justicia, te cogí de la mano, te he formado e hice de ti alianza de un pueblo y luz de las naciones, para que abras los ojos de los ciegos, saques a los cautivos de la cárcel, de la prisión a los que habitan en tinieblas».

Salmo (Sal 26, 1. 2. 3. 13-14)

El Señor es mi luz y mi salvación.

El Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré? El Señor es la defensa de mí vida, ¿quién me hará temblar? R/.

Cuando me asaltan los malvados para devorar mi carne, ellos, enemigos y adversarios, tropiezan y caen. R/.

Si un ejército acampa contra mí, mi corazón no tiembla; si me declaran la guerra, me siento tranquilo. R/.

Espero gozar de la dicha del Señor en el país de la vida. Espera en el Señor, sé valiente, ten ánimo, espera en el Señor. R/.

Lectura del santo Evangelio según san Juan (Jn. 12,1-11)

Seis días antes de la Pascua, fue Jesús a Betania, donde vivía Lázaro, a quien había resucitado de entre los muertos. Allí le ofrecieron una cena; Marta servía, y Lázaro era uno de los que estaban con él a la mesa. María tomó una libra de perfume de nardo, auténtico y costoso, le ungió a Jesús los pies y se los enjugó con su cabellera. Y la casa se llenó de la fragancia del perfume. Judas Iscariote, uno de sus discípulos, el que lo iba a entregar, dice: «¿Por qué no se ha vendido este perfume por trescientos denarios para dárselos a los pobres?». Esto lo dijo, no porque le importasen los pobres, sino porque era un ladrón; y como tenía la bolsa, se llevaba de lo que iban echando. Jesús dijo: «Déjala; lo tenía guardado para el día de mi sepultura; porque a los pobres los tenéis siempre con vosotros, pero a mí no siempre me tenéis». Una muchedumbre de judíos se enteró de que estaba allí y fueron, no sólo por Jesús, sino también para ver a Lázaro, al que había resucitado de entre los muertos. Los sumos sacerdotes decidieron matar también a Lázaro, porque muchos judíos, por su causa, se les iban y creían en Jesús.

Releemos el evangelio

San Jerónimo (347-420)

sacerdote, traductor de la Biblia, doctor de la Iglesia

Comentario al evangelio de Marcos (Marc commenté par Jérôme et Jean Chrysostome, Les Pères dans la Foi n° 32, DDB 1986), trad. sc@evangelizo.org

“La casa se impregnó con la fragancia del perfume”

Leemos en el evangelio: “Mientras Jesús estaba en Betania, comiendo en casa de Simón el leproso, llegó una mujer con un frasco lleno de un valioso perfume de nardo puro, y rompiendo el

frasco, derramó el perfume sobre la cabeza de Jesús” (Mc 14,3). Esta mujer los concierne directamente a ustedes, que van a recibir el bautismo. Rompió el frasco para que Cristo, el Ungido del Señor, los convirtiera en cristianos por la unción. El Cantar de los Cantares lo proclama “Sí, el aroma de tus perfumes es exquisito, tu nombre es un perfume que se derrama: por eso las jóvenes se enamoran de ti. Llévame contigo: ¡corramos!” (cf. Cant 1,3-4). Mientras el perfume permanecía guardado, mientras Dios no era conocido en Judea y su nombre sólo era grande en Israel (Sal 76 (75),2), las doncellas no seguían a Jesús. Pero desde que se derramó por el mundo entero, los creyentes siguieron al Salvador. (...) Este hecho recuerda que “si el grano de trigo que cae en tierra (...) muere, da mucho fruto” (cf. Jn 12,24). De igual forma, si no se rompe el frasco, no nos podemos ungir con el perfume.

Esta mujer no es la misma que es nombrada en otro evangelio, por haber bañado con lágrimas los pies del Señor (Lc 7,38). Ella era hasta entonces era un pecadora de mala vida (...), inunda con sus lágrimas los pies del Salvador y los seca con sus cabellos. Pero sólo en apariencia lava los pies del Salvador, en realidad es ella la que es lavada de sus pecados. (...)

Les ocurrirá lo mismo a ustedes que recibirán el bautismo, ya que todos somos pecadores y “¿quién sacará lo puro de lo impuro? Nadie, ciertamente. Ya que sus días están determinados y tú conoces el número de sus meses” (Jb 14,4). Empiecen por tomar los pies del Salvador, báñenlos con sus lágrimas, séquenlos con sus cabellos, tóquenle la cabeza como hace esta mujer en el evangelio de Marcos. Cuando descendan a la fuente de Vida con el Salvador, deben contemplar cómo el perfume llega a la cabeza del Salvador. Porque si “Cristo es la cabeza del hombre” (1 Cor 11,3), también sus cabezas deben estar perfumadas, ya que por el bautismo recibirán esta unción.

Palabras del Santo Padre Francisco

«La cena de Betania es preludio de la muerte de Jesús, bajo el signo de la unción que María hizo en honor del Maestro y que él aceptó en previsión de su sepultura. Pero también es anuncio de la resurrección, mediante la presencia misma del resucitado Lázaro, testimonio elocuente del poder de Cristo sobre la muerte. Además de su profundo significado pascual, la narración de la cena de Betania encierra una emotiva resonancia, llena de afecto y devoción; una mezcla de alegría y de dolor: alegría de fiesta por la visita de Jesús y de sus discípulos, por la resurrección de Lázaro, por la Pascua ya cercana; y amargura profunda porque esa Pascua podía ser la última, como hacían temer las tramas de los judíos, que querían la muerte de Jesús, y las amenazas contra el mismo Lázaro, cuya muerte se proyectaba. En este pasaje evangélico hay un gesto sobre el que se centra nuestra atención, y que también ahora habla de modo singular a nuestro corazón: en un momento determinado, María de Betania, «tomando una libra de perfume de nardo puro, muy caro, ungió los pies de Jesús y los secó con sus cabellos». Es uno de los detalles de la vida de Jesús que san Juan recogió en la memoria de su corazón y que contienen una inagotable fuerza expresiva. Habla del amor a Cristo, un amor sobreabundante, pródigo, como el unguento «muy caro» derramado sobre sus pies. Un hecho que, sintomáticamente, escandalizó a Judas Iscariote: la lógica del amor contrasta con la del interés económico.» (*Homilía de S.S. Benedicto XVI, 2 de abril de 2007*).

Meditación

En este Evangelio lo que más hace eco en un cristiano, es ese gesto de caridad que tiene María con Jesús, de enjugarle los pies con un perfume super fino, que seguramente sería costoso y que con sacrificios habría comprado.

Es hermoso preguntarnos a la luz del Espíritu Santo, ¿qué tipo de perfume es el que yo ofrezco a Jesús? Quizás es un perfume con una frescura de fe, de amor y esperanza en Cristo. O bien un perfume que tiene egoísmo, soberbia, sensualidad, falta de sacrificio.

Te invito, a que unjas al Señor con esa ofrenda diaria antes de comenzar tu día ordinario, así como lo hizo María.

Oración final

El Señor es mi luz y mi salvación,
¿a quién temeré?
El Señor es la defensa de mí vida,
¿quién me hará temblar? (Sal 26)

MARTES, 12 DE ABRIL DE 2022
MARTES SANTO

Consolar para ser consolado

Oración introductoria

Dios mío, Tú, has estado siempre junto a mí. En mis momentos de dificultad y sufrimiento Tú has venido a consolarme, a darme fuerzas. Ahora eres Tú quien me pide a mí, pobre pecador, venir a consolarte y a hacerte compañía en este momento de tribulación, en este momento en el cual todos los demás te han abandonado.

Petición

Dame la sabiduría para entender, Señor, que la fidelidad no es otra cosa que la obediencia pronta a tus inspiraciones.

Lectura del libro de Isaías (Is. 49, 1-6)

Escuchadme, islas; atended, pueblos lejanos: El Señor me llamó desde el vientre materno, de las entrañas de mi madre, y pronunció mi nombre. Hizo de mi boca una espada afilada, me escondió en la sombra de su mano; me hizo flecha bruñida, me guardó en su aljaba y me dijo: «Tú eres mi siervo, Israel, por medio de ti me glorificaré». Y yo pensaba: «En vano me he cansado, en viento y en nada he gastado mis fuerzas». En realidad el Señor defendía mi causa, mi recompensa la custodiaba Dios. Y ahora dice el Señor, el que me formó desde el vientre como siervo suyo, para que le devolviese a Jacob, para que le reuniera a Israel; he sido glorificado a los ojos de Dios. Y mi Dios era mi fuerza: «Es poco que seas mi siervo para restablecer las tribus de Jacob y traer de vuelta a los supervivientes de Israel. Te hago luz de las naciones, para que mi salvación alcance hasta el confín de la tierra».

Salmo (Sal 70. 1-2. 3-4a. 5-6ab. 15 y 17)

Mi boca contará tu salvación, Señor.

A ti, Señor, me acojo: no quede yo derrotado para siempre; tú que eres justo, líbrame y ponme a salvo, inclina a mí tu oído, y sálvame. R/.

Sé tú mi roca de refugio, el alcázar donde me salve, porque mi peña y mi alcázar eres tú. Dios mío, líbrame de la mano perversa. R/.

Porque tú, Señor, fuiste mi esperanza y mi confianza, Señor, desde mi juventud. En el vientre materno ya me apoyaba en ti, en el seno tú me sostenías. R/.

Mi boca contará tu justicia, y todo el día tu salvación. Dios mío, me instruiste desde mi juventud, y hasta hoy relato tus maravillas. R/.

Lectura del santo Evangelio según san Juan (Jn.13,21-33.36-38)

En aquel tiempo, estando Jesús a la mesa con sus discípulos, se turbó en su espíritu y dio testimonio diciendo: «En verdad, en verdad os digo: uno de vosotros me va a entregar». Los discípulos se miraron unos a otros perplejos, por no saber de quién lo decía. Uno de ellos, el que Jesús amaba, estaba reclinado a la mesa en el seno de Jesús. Simón Pedro le hizo señas para que averiguase por quién lo decía. Entonces él, apoyándose en el pecho de Jesús, le preguntó: «Señor, ¿quién es?». Le contestó Jesús: «Aquel a quien yo le dé este trozo de pan untado». Y, untando el pan, se lo dio a Judas, hijo de Simón el Iscariote. Detrás del pan, entró en él Satanás. Entonces Jesús le dijo: «Lo que vas a hacer, hazlo pronto». Ninguno de los comensales entendió a qué se refería. Como Judas guardaba la bolsa, algunos suponían que Jesús le encargaba comprar lo necesario para la fiesta o dar algo a los pobres. Judas, después de tomar el pan, salió inmediatamente. Era de noche. Cuando salió, dijo Jesús: «Ahora es glorificado el Hijo del hombre, y Dios es glorificado en él. Si Dios es glorificado en él, también Dios lo glorificará en sí mismo: pronto lo glorificará. Hijitos, me queda poco de estar con vosotros. Me buscaréis, pero lo que dije a los judíos os lo digo ahora a vosotros: “Donde yo voy, vosotros no podéis ir”». Simón Pedro le dijo: «Señor, ¿a dónde vas?». Jesús le respondió: «Adonde yo voy no me puedes seguir ahora, me seguirás más tarde». Pedro replicó: «Señor, ¿por qué no puedo seguirte ahora? Daré mi vida por ti». Jesús le contestó: «¿Con que darás tu vida por mí? En verdad, en verdad te digo: no cantará el gallo antes de que me hayas negado tres veces».

Releemos el evangelio

San Agustín (354-430)

obispo de Hipona (África del Norte), doctor de la Iglesia

Sermones sobre el evangelio de san Juan, 62-63

«Y untando el pan, se lo dio a Judas»

Cuando el Señor, Pan de Vida (Jn 6,35), hubo dado pan a este hombre muerto, y entregándole el pan, señalaba al que iba a traicionar al pan vivo, le dice: «Lo que tienes que hacer, hazlo en seguida». No le mandaba hacer el crimen, sino que descubría su mal a Judas y nos anunciaba nuestro bien. Que Cristo fuera entregado ¿no era lo peor para Judas y lo mejor para nosotros? Judas, pues, que se hacía daño a sí mismo, actuó en favor nuestro sin saberlo.

«Lo que tienes que hacer, hazlo en seguida». Palabra de un hombre que está dispuesto, no de un hombre irritado. Palabra en la que se anuncia menos el castigo del que traiciona que la recompensa del redentor, del que rescata. Porque diciendo: «Lo que tienes que hacer, hazlo en seguida», Cristo, más que acusar el crimen del infiel, busca apresurar la salvación de los creyentes. «Fue entregado por nuestros pecados; amó a la Iglesia y se entregó por ella» (Rm 4,25; Ef 5,25). Es lo que hace exclamar al apóstol «Me amó y se entregó por mí» (Gal 2,20). De hecho nadie hubiera entregado a Cristo si él mismo no se hubiera entregado... Cuando Judas le traiciona, es Cristo que se entrega; uno negocia su venta, y el otro nuestro rescate. «Lo que tienes que hacer, hazlo en seguida»: no que eso esté en tu poder, sino que es la voluntad del que todo lo puede...

«Judas, después de tomar el pan, salió inmediatamente. Era de noche.» Y el que salía era él mismo noche. Seguidamente, cuando la noche hubo salido, Jesús dijo: «¡Ahora es glorificado el Hijo del hombre!» Es entonces cuando «el día al día le pasa el mensaje» (Sl 18,3), es decir, Cristo lo confía a sus discípulos para que lo escuchen y

lo sigan en el amor... Algo semejante sucederá cuando este mundo vencido por Cristo pasará. Entonces la cizaña, ya no se juntará con el grano porque «los justos brillarán como el sol en el Reino de su Padre» (Mt 13,43).

Palabras del Santo Padre Francisco

«Judas el Iscariote, otro elegido por el Señor que vende y entrega a su maestro a la muerte. David el pecador y Judas Iscariote siempre estarán presentes en la Iglesia, ya que representan la debilidad que forma parte de nuestro ser humano. Son iconos de los pecados y de los crímenes cometidos por personas elegidas y consagradas. Iguales en la gravedad del pecado, sin embargo, se distinguen en la conversión. David se arrepintió, confiando en la misericordia de Dios, mientras que Judas se suicidó. Para hacer resplandecer la luz de Cristo, todos tenemos el deber de combatir cualquier corrupción espiritual, que es peor que la caída de un pecador, porque se trata de una ceguera cómoda y autosuficiente donde todo termina pareciendo lícito: el engaño, la calumnia, el egoísmo y tantas formas sutiles de autorreferencialidad, ya que “el mismo Satanás se disfraza de ángel de luz”. Así acabó sus días Salomón, mientras el gran pecador David supo remontar su miseria» (*Discurso de S.S. Francisco, 21 de diciembre de 2018*).

Meditación

Jesús profundamente conmovido...

Seguramente en algún momento de nuestras vidas hemos experimentado abandono, soledad o incluso, por qué no, traición, y con gran dolor si ésta ha sido causada por una persona querida o cercana a nosotros. Cuánto sufrimiento provoca el abandono o la traición de la persona en la que teníamos puesta tanta confianza.

Jesús, en la noche de la última cena con sus discípulos, sintió este abandono, esta traición, de aquellos a los que Él más amaba.

Apoyarse en el corazón de Cristo.

Normalmente somos nosotros los que acudimos a Dios en momentos difíciles para que Él nos consuele; en nuestros momentos de tribulación solemos recurrir al Padre para que nos tome en sus brazos y nos susurre al oído: «No te preocupes, todo saldrá bien.» Sin embargo, ahora es Dios mismo quien quiere ser consolado; Dios, quien no necesita de nadie ni nada, se ha despojado de su omnipotencia y omnisuficiencia para que le podamos abrazar y consolar.

Sólo consolando a Dios podemos encontrar nuestra propia consolación; sólo compartiendo los sentimientos de Aquel que ha dado la vida por nosotros seremos capaces de dejar atrás nuestros pecados, traiciones y abandonos. Sólo apoyándonos en su pecho podremos sentir ese corazón que tanto nos ama y que derramaría hasta la última gota de sangre por nosotros. Sólo conmovidos por tal amor consolaremos la fuente de toda consolación.

Oración final

Porque tú, Dios mío, fuiste mi esperanza
y mi confianza, Señor, desde mi juventud.
En el vientre materno ya me apoyaba en ti,
en el seno tú me sostenías. (Sal 70)

MIÉRCOLES, 13 DE ABRIL DE 2022

MIÉRCOLES SANTO

Nos hiciste para Ti y nuestro corazón
está inquieto hasta que descanse en ti.

Oración introductoria

Jesús mío, te escojo a Ti una vez más para que seas mi felicidad. Mírame, Señor, para que haga la experiencia de cuánto soy amado

Petición

Jesucristo, te suplico esta Semana Santa, la gracia de la conversión de corazón

Lectura del libro de Isaías (Is. 50, 4-9ª)

El Señor Dios me ha dado una lengua de discípulo; para saber decir al abatido una palabra de aliento. Cada mañana me espabila el oído, para que escuche como los discípulos. El Señor Dios me abrió el oído; yo no resistí ni me eché atrás. Ofrecí la espalda a los que me golpeaban, las mejillas a los que mesaban mi barba; no escondí el rostro ante ultrajes ni salivazos. El Señor me ayuda, por eso no sentía los ultrajes; por eso endurecí el rostro como pedernal, sabiendo que no quedaría defraudado. Mi defensor está cerca, ¿quién pleiteará contra mí? Comparezcamos juntos. ¿quién me acusará? Que se acerque. Mirad, el Señor Dios me ayuda, ¿quién me condenará?

Salmo (Sal 68, 8-10. 21-22. 31 y 33-34)

Señor, que me escuche tu gran bondad el día de tu favor.

Por ti he aguantado afrentas, la vergüenza cubrió mi rostro. Soy un extraño para mis hermanos, un extranjero para los hijos de mi madre; porque me devora el celo de tu templo, y las afrentas con que te afrentan caen sobre mí. R/.

La afrenta me destroza el corazón, y desfallezco. Espero compasión, y no la hay; consoladores, y no los encuentro. En mi comida me echaron hiel, para mi sed me dieron vinagre. R/.

Alabaré el nombre de Dios con cantos, proclamaré su grandeza con acción de gracias. Miradlo, los humildes, y alegraos, buscad al Señor, y revivirá vuestro corazón. Que el Señor escucha a sus pobres, no desprecia a sus cautivos. R/.

Lectura del santo Evangelio según san Mateo (Mt. 26, 14-25)

En aquel tiempo, uno de los Doce, llamado Judas Iscariote, fue a los sumos sacerdotes y les propuso: «¿Qué estáis dispuestos a darme, si os lo entrego?» Ellos se ajustaron con él en treinta monedas. Y desde entonces andaba buscando ocasión propicia para entregarlo. El primer día de los Ácimos se acercaron los discípulos a Jesús y le preguntaron: «¿Dónde quieres que te preparemos la cena de Pascua?» Él contestó: «Id a la ciudad, a casa de quien vosotros sabéis y decidle: “El Maestro dice: Mi hora está cerca; voy a celebrar la Pascua en tu casa con mis discípulos”». Los discípulos cumplieron las instrucciones de Jesús y prepararon la Pascua. Al atardecer se puso a la mesa con los Doce. Mientras comían dijo: «En verdad os digo que uno de vosotros me va a entregar». Ellos, muy entristecidos, se pusieron a preguntarle uno tras otro: «¿Soy yo acaso, Señor?» Él respondió: «El que ha metido conmigo la mano en la fuente, ése me

va a entregar. El Hijo del hombre se va como está escrito de él; pero ¡ay de aquel por quien el Hijo del hombre es entregado!, más le valdría a ese hombre no haber nacido». Entonces preguntó Judas, el que lo iba a entregar: «¿Soy yo acaso, Maestro?» Él respondió: «Tú lo has dicho».

Releemos el evangelio

San Gregorio Nacianceno (330-390)

obispo y doctor de la Iglesia

Sermón 45, 23-24; PG 36, 654 C – 655 D

“¿Dónde quieres que te preparemos la cena de Pascua?”

Vamos a participar en la Pascua, ahora aún de manera figurada, aunque ya más clara que en la antigua ley, si puedo decirlo así, como una figura oscura de nuestra Pascua, que es también figura...

Nosotros hemos de tomar parte en esta fiesta ritual de la Pascua en un sentido evangélico, y no literal; de manera perfecta, no imperfecta; no de forma temporal, sino eterna. Tomemos como nuestra capital, no la Jerusalén terrena, sino la ciudad celeste; no aquella que ahora pisan los ejércitos, sino la que resuena con las alabanzas de los ángeles. Sacrifiquemos no jóvenes terneros ni corderos con cuernos y pezuñas (sl 68,32), más muertos que vivos y desprovistos de inteligencia, sino más bien ofrezcamos a Dios un sacrificio de alabanza (Sal 49,14) sobre el altar del cielo, unidos a los coros celestiales. Atravesemos la primera cortina, avancemos hasta la segunda y dirijamos nuestras miradas al Santo de los santos. Yo diría aún más: inmolémonos nosotros mismos a Dios, ofrezcámosle todos los días nuestro ser con todas nuestras acciones. Estemos dispuestos a todo por causa del Verbo; imitemos su pasión con nuestros padecimientos, honremos su sangre con nuestra sangre, subamos decididamente a su cruz: sus clavos son dulces a pesar de ser

extremadamente dolorosos. Es mejor sufrir con Cristo y por Cristo que vivir deliciosamente con los otros.

Si eres Simón de Cirene, toma tu cruz y sigue a Cristo. Si estás crucificado con él como un ladrón, haz como el buen ladrón: reconoce a Dios... Si eres José de Arimatea, reclama el cuerpo del Señor a quien lo crucificó, y haz tuya la expiación del mundo. Si eres Nicodemo, el que de noche adoraba a Dios, ven a enterrar el cuerpo, y úngelo con unguento y perfúmallo con la mirra. Si eres una de las dos Marías, o Salomé o Juana, llora desde el amanecer; procura ser el primero en ver la piedra quitada, y verás quizá a los ángeles o incluso al mismo Jesús.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Cuál es la última palabra que Jesús dirige a Judas, precisamente en el momento de la traición. Judas, amigo. Cuando precisamente Judas iba a entregarlo, Él le dice “amigo”, le recuerda esto. Porque Él es fiel. El Señor no dice: “Vete porque tú te has alejado de mí. Vete”. ¡No! Él hasta el final es fiel a este don que nos ha dado a todos: el don de la amistad. Como consecuencia, Jesús es nuestro amigo. Y Judas, como dice aquí, fue a su nueva suerte, por su destino que él eligió libremente, se alejó de Jesús. Y este alejarse de Jesús se llama apostasía. Un amigo que se convertía en enemigo o un amigo que se convierte en indiferente o un amigo que se convierte en traidor. El Señor no reniega, sino que hasta el final Él está allí: “Judas, amigo”. Hasta el final. Y esto nos debe hacer pensar». *(Homilía de S.S. Francisco, 14 de mayo de 2018, en santa Marta).*

Meditación

«¿Qué estáis dispuestos a darme si os lo entrego?» Qué fuerte es escuchar las palabras saliendo de los labios de Judas. Lo vemos muy

lejos de nosotros, pero el hecho es que nosotros, también, muchas veces estamos en el lugar de Judas. Y podría sonar como un «cliché» pues seguramente lo has escuchado innumerables veces, pero es una realidad profundísima de la fe: cuando se escoge o se rechaza a Cristo, estamos, igual que Judas, tomando una decisión sobre el Dios Vivo.

El mundo y la sociedad actual constantemente nos está ofreciendo recompensas a cambio de Cristo. El mundo está constantemente susurrándonos que, si le entregamos a Jesús, nos va a dar la felicidad. Y a veces podría parecer que el mundo tiene razón.

Pero ¿qué significa entregar a Cristo? Significa entregar la fuente más profunda de nuestra felicidad plena porque nosotros fuimos creados para amar y ser amados, pero no con un amor cualquiera sino con un amor infinito... un amor de Dios. Nuestro corazón está sediento de ese amor y sólo Él lo puede saciar. Podríamos tener el mundo a nuestros pies, pero si no tenemos aquello para lo cual fuimos creados, no tenemos nada. Podríamos no tener nada, pero si lo tenemos a Él, lo tenemos todo.

Tantas veces ya hemos fallado y hemos hecho este cambio, esta traición. Pero debemos recordar que hay dos maneras de reaccionar ante el fallo a Jesús, como Judas o como Pedro. Busquemos siempre la mirada de Jesús en esos momentos en que le hemos fallado, para experimentar esa mirada que nos perdona, nos ama y nos sana.

Oración final

Alabaré el nombre de Dios con cantos,
proclamaré su grandeza con acción de gracias. Miradlo,
los humildes, y alegraos, buscad al Señor, y revivirá vuestro corazón.
Que el Señor escucha a sus pobres, no desprecia a sus cautivos. (Sal 68)